

la historia del país. Y precisamente en este tiempo de crisis, no solo necesitamos nuevas ideas y nuevas prácticas, sino una nueva Historia que reconozca no solamente los logros y la trayectoria caminada, sino también las puertas que hemos cerrado y los caminos que hemos rechazado para poder concebir un futuro mejor.

KAREN SPALDING

University of Connecticut

MONNIER, Marcel. *De los Andes hasta Pará. Ecuador - Perú - Amazonas.* Traducción de Edgardo Rivera Martínez. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos y Banco Central de Reserva del Perú, 2005, 350 pp.

En el siglo XIX, las comunicaciones eran difíciles en el Perú debido a que las antiguas rutas terrestres se hallaban en mal estado por falta de conservación, y los puertos eran escasos y con una infraestructura deficiente. A los riesgos habituales de la geografía peruana, el viajero debía añadir la amenaza de los bandidos. Viajar, pues, era una empresa riesgosa y llena de sorpresas, por lo que el viajero fue un personaje y los libros que relataban sus aventuras un género apasionante, obra de autores que supieron reunir la calidad literaria y el interés por el conocimiento. El francés Marcel Monnier perteneció a ese grupo de viajeros cultos que se internó en el territorio nacional atraído al mismo tiempo por el espíritu de aventura y la curiosidad científica.

Monnier, cuyo verdadero nombre era Jean Marie Albert Marcel, partió de Panamá a inicios de 1886 portando un abultado equipaje, que incluía, entre otros objetos, cuadernos de notas y una cámara fotográfica. Desembarcó en Guayaquil, de donde prosiguió por tierra a Quito. Llegó a Lima en abril y permaneció en el país hasta noviembre de ese mismo año. Tras una estancia de varias semanas en la capital, interrumpida por un corto viaje a Santiago de Chile, continuó su

periplo por Trujillo, Cascas, Contumazá, Cajamarca, Celendín y el río Marañón. Luego prosiguió a Tocache y Tayabamba, para alcanzar el río Huallaga y navegar por el Amazonas hasta su desembocadura en Belém do Pará.

De regreso en Francia, Monnier publicó sus notas de viaje en París, en 1890, con el título de *Des Andes au Para. Équateur - Pérou - Amazone*. La obra está escrita a manera de diario, lo que permite reconstruir con cierto detalle el itinerario del autor y conocer algo de su biografía. El francés era un viajero experimentado —antes de venir a Sudamérica había estado en la India, Egipto y América del Norte— y un escritor culto que preparó su expedición cuidadosamente con la lectura previa de obras de historia y geografía. Conocía los textos de los viajeros y científicos europeos sobre el Perú, como también los de los cronistas e historiadores de los siglos coloniales (Xerez, Cieza, Garcilaso, Herrera, entre otros). Las referencias a todos estos autores le permiten hacer evocaciones históricas y comentarios sobre la naturaleza de la sociedad y la economía del país.

Monnier tiene una prosa ágil y elegante, y gusta alternar las descripciones con una multitud de proverbios, coplas y vocablos quechuas. No faltan las anécdotas, algunas de ellas narradas con humor. Así, por ejemplo, cuenta cómo en su viaje de Guayaquil a Quito tuvo que pernoctar en un albergue en medio de los manglares. Allí «la noche fue execrable. Apenas apagada la luz, se puso en campaña un ejército de cucarachas, y se entregó sobre nosotros a sus retozos como en país conquistado» (p. 43).

En su obra, el viajero francés muestra una especial simpatía por el Perú y, en particular, por la ciudad capital. Importa recordar que cuando llegó a Lima hacía tan solo tres años que había sido evacuada por el ejército invasor chileno. Aun cuando los testimonios de la guerra estaban muy presentes, observó a la población en un proceso de recuperación económica. «Desembarqué en Lima —escribió— en el estado de ánimo de alguien que penetra en el dormitorio de un enfermo en agonía. Error. El moribundo tenía muy buena cara» (p. 93). De Lima le atrae la sociedad local, sus formas corteses, sus maneras

de relacionarse y su historia, pero también los colores y los ruidos de la calle. La capital posee —señala— lo que le falta a la mayoría de las ciudades, en particular a las aglomeraciones norteamericanas, «esto es la poesía de los viejos recuerdos, la personalidad viviente que el tiempo da a las cosas» (p. 101). Cuando camina por sus calles, no puede dejar de evocar la historia pasada: «como en las pequeñas ciudades venerables de las dos Castillas, las piedras tienen un alma, una voz. Sus cimientos vacilantes aún devuelven un eco de pasiones lejanas, de ruidos de batallas y de fiestas. Por la brecha que han abierto los temblores o la metralla cuentan los secretos de los muertos, la crónica de una sociedad desaparecida» (p.102).

No todo es simpatía en el texto de Monnier. Si en Lima y Trujillo alaba las cualidades de la población criolla, una vez en la sierra y en la selva se muestra severo al opinar sobre la población indígena. El relato de su estancia en Cajamarca le permite introducir comentarios sobre la condición de los indios en el pasado y el presente. Sostiene que la raza no se halla disminuida ni sometida por la servidumbre, sino ganada por los instintos primitivos. Ha vuelto a la vida contemplativa y a la ociosidad despreocupada de los pueblos-niño, la cual había sido combatida por los incas. En su opinión, el impulso de un solo hombre, el Inca, animaba a un «pueblo de autómatas», sin voluntad propia, aspiraciones y pensamiento, instrumento pasivo que desempeñaba su tarea como la herramienta en las manos del obrero.

En otro pasaje de su obra, el viajero francés vuelve a tratar de la situación de la sociedad nativa. El indígena —sostiene— ha reconquistado su derecho a la pereza y hace uso de ella con delicia. Sus necesidades son limitadas, sus sueños no tienen nada de ambiciosos. Feliz en su cabaña de tierra y de ramas, «cerca de su trigueña compañera, madre fecunda de una chiquillería hirsuta, no pide sino masticar en paz su hoja de coca y embriagarse con chicha en los días de fiesta» (p. 165). Su aire triste y rostro impasible esconden, a falta de una inteligencia despierta, un sentido común robusto, una mente fríamente burlona. Rudo y sobrio, industrial a veces, pero sobre todo prolífico, el indio es capaz de procrear. Esto desmiente lo dicho acerca de la degeneración

fatal y la desaparición, a breve plazo, de su raza por el contacto con los europeos.

El tópico del indio indolente y sumiso aparece en otras partes del texto de Monnier. Así, indica que el rasgo característico del indio es «la falta casi absoluta de iniciativa y de decisión» (p. 167). Luego agrega que ya trate de cumplir con un deber, realizar una tarea, pagar una deuda, su determinación será rara vez espontánea. No cederá sino ante la necesidad. «Será menester que una voluntad extraña sustituya a la suya, prevalezca sobre su indolencia, le diga la resolución a tomar, lo anime y lo dirija así como el viento hincha a la vela inerte» (p. 167).

El viajero francés advierte sobre los peligros del expansionismo norteamericano y cree en el poder civilizador de la inmigración europea. Tiene fe en que las naciones latinoamericanas, unidas en una federación, dados sus vínculos de lengua y origen, se opondrán a los intereses económicos de los Estados Unidos. En lo que toca al Perú, indica que el aislamiento, el desdén que el industrial y el inmigrante expresan hacia su suelo son menos obra de los hombres que consecuencia de la situación geográfica. Las malas comunicaciones y las grandes distancias han desalentado la inmigración hacia los Andes. Pero el día en que el colono y el pionero lleguen al Perú y al Ecuador encontrarán una población poco densa, pero vigorosa y sana, de ningún modo hostil al extranjero.

La presente traducción de la obra de Monnier, a cargo de Edgardo Rivera Martínez, uno de los más reconocidos estudiosos del género de la literatura de viajes, reproduce los grabados, mapas y fotografías de la edición francesa. Tratándose de un texto tan rico en información, habría sido útil incluir índices onomástico y toponímico para facilitar su consulta. No obstante estas limitaciones, se debe felicitar a los modernos editores por la encomiable tarea de volver a poner en nuestras manos esta obra, sin duda una de las muestras más logradas de la literatura de viajes del siglo XIX.

PEDRO GUIBOVICH PÉREZ

Pontificia Universidad Católica del Perú